

UN ENCUENTRO INESPERADO



Juan Vicente Lobato Carrasco
Sociedad Tolkien Española

El verano se demoraba suavemente por las colinas de La Comarca. Un viento dulce y cálido adormecía las espigas doradas por el sol y mecía serenamente las hojas de los árboles.

Desde primera hora de la mañana, los hobbits marchaban afanosos por los caminos de la Cuaderna del Este en dirección a los campos de cebada que se extendían por la orilla Oeste del Brandivino. A lo lejos, se distinguían pequeños grupos de granjeros segando el cereal del que se obtendría el mejor grano de La Comarca, y más acá, a las afueras de Cepeda, grandes carros de madera transportaban las mieses en enormes montones amarillos.

Al pie de La Colina, el río, todavía fuerte y generoso, brincaba entre las rocas, besando las raíces de los frondosos nogales que crecían en sus riberas. Junto al Molino, algunas mujeres lavaban la ropa en las piedras de la orilla, mientras los niños atrapaban ranas y salamandras.

Desde la ventana de su dormitorio, Bilbo contemplaba los campos segados, el heno fresco de los prados y los setos altos y oscuros que flanqueaban el camino a Delagua. Sus ojos miraban con expectación, y deseaba salir corriendo ladera abajo y perderse entre los juncos salvajes del estanque. Pensaba en cazar conejos y en refrescar sus pequeños pies en el agua tibia de los arroyos. Pero su madre, Belladona Tuk, no pensaba lo mismo. La señora Bolsón no estaba dispuesta a dejar a su único y deseado hijo vagar por ahí, como la extraña gente corriente, y lo retenía junto a ella, entre los muros de su cómodo hogar.

Bolsón Cerrado era un lujoso, aunque aburrido, agujero-hobbit. Situado en lo más alto de La Colina estaba apartado de las demás viviendas y a salvo de incómodas visitas y de vecinos fisgones. Bilbo pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación, mirando a través de la pequeña ventana emplomada. Ya había leído casi todos los libros que había en casa, no más de una docena, y sus viejos juguetes ya no le proporcionaban ninguna emoción. Necesitaba algo distinto, divertido, emocionante, pero no sabía dónde buscar.

Por las tardes todo cambiaba. Bungo Bolsón, el padre de Bilbo, era un hobbit joven y alegre, aunque no muy intrépido, que se esforzaba en hacer feliz a su hijo. Antes de cenar el señor Bolsón bajaba con Bilbo a Hobbiton o a Delagua a visitar algunos clientes. Mientras paseaban, el señor Bolsón explicaba a su hijo todos los secretos del campo, cuál era el mejor cereal para destilar cerveza y el mejor trigo para obtener harina, cómo distinguir los árboles más generosos y cómo apreciar la mejor uva para hacer vino. Le enseñaba a diferenciar las huellas de un zorro de las de un tejón, y le advertía de que el meloncillo era muy dañino para las gallinas y que los hurones son los mejores cazadores de conejos. Aquellos paseos era la única diversión que tenía Bilbo en los largos y aburridos días del verano.

Algunas veces, cuando se retrasaban y los sorprendía la noche, Bungo indicaba a Bilbo donde estaba la Estrella Polar, el Carro como se le conocía en la Comarca, y como distinguir el camino para volver a casa. Y le recordaba que un hobbit para ser feliz, sólo necesitaba dos cosas: no participar en aventuras que le

impidieran dormir cada noche en su cama y tener una despensa siempre llena. Pero Bilbo no deseaba esa felicidad, esperaba algo más.

Antes de entrar en casa, y bajo la luz de la luna, Bilbo creía adivinar el contorno de esbeltas cordilleras azules cubiertas de fría nieve, y sentía como un viento helado, pero vívido, le refrescaba la cara y le traía el murmullo de ríos lejanos y el olor penetrante de profundos valles boscosos. Bilbo quería conocer aquellas desconocidas tierras, perderse por aquellos senderos, dormir bajo el abrigo de sus árboles, pero no se atrevía a decírselo a sus padres.

-Bilbo, lávate las manos y siéntate a la mesa- le ordenaba Belladona Tuk mientras terminaba de preparar la comida

Bilbo obedecía algo contrariado, y mientras cenaba, escuchaba, con los ojos muy abiertos contar a su padre la vida en los aserraderos del norte, la recia madera de abeto que el compraba para venderla a los granjeros del sur, los toneles de cerveza que revendía en las tabernas de la Comarca, y los enormes carros de paja que alimentaban las reses de los hobbits. Belladona sonreía feliz, aquello era más de lo que nunca hubiera deseado, un bonito hogar, un esposo fiel y un hijo listo y sano.

-Hoy he recibido carta de Grandes Smials- dijo Belladona- El sábado es el cumpleaños del Viejo Tuk y esperan que estemos allí como de costumbre.

Por fin el momento había llegado. Bilbo esperaba con impaciencia que llegara el cumpleaños de su abuelo que coincidía con la Fiesta de la Cosecha. Allí todo era distinto. Podía jugar día y noche con sus primos Tuk en los campos cercanos. Merodear por los bosques y observar el paso de extraños viajeros hacia los Puertos Grises. Aunque los primos Tuk eran algo cascarrabias y rebeldes, Bilbo se sentía cómodo entre ellos, participando en sus planes y aventuras y conforme crecía, había aprendido a superar sus bromas y travesuras.

Esa noche Bilbo apenas si pudo dormir y se despertó nada más salir el sol. Cuando su madre fue a levantarlo ya tenía todo preparado y sólo esperaba salir.

-Qué rápido has empaquetado Bilbo, a ver si cuando vayas a clase te das la misma prisa- dijo la Señora Bolsón.

Bilbo no respondió, la Fiesta de la Cosecha merecía un esfuerzo especial y las clases se mostraban ahora como una tierra extraña a la que nadie iba y del que no se esperaba ninguna noticia venturosa.

Tras desayunar, Belladona y Bungo Bolsón acomodaron el equipaje en el carro. Era un coche de reluciente madera de castaño y adornos de bronce que Bungo había regalado a su esposa por su quinto aniversario de boda, con cuatro ruedas y un tiro de dos poneys, algo inusual en La Comarca y en el que se podían colocar grandes maletas y cestas. Primero subió Bilbo, y se sentó en el lado derecho, luego Belladona y finalmente el elegante Sr. Bolsón, con su nueva chaqueta verde y su pañuelo de seda corinto. Todo estaba listo. Los animales bufaron inquietos y al primer chasquido bajaron alegremente por La Colina hacia Hobbiton.

La mañana brillaba limpia y fresca, como recién lavada, y los rayos del sol descomponían el verde de las hojas en miles de reflejos dorados. Los granjeros hobbits saludaban cortésmente al paso del carruaje y deseaban buen viaje a la familia Bolsón. Bilbo no apartaba la vista del camino, todo lo sorprendía. Los pequeños smials de los hobbits de La Colina, los cobertizos y graneros, los prados segados y los árboles majestuosos que se plantaron a ambos lados de la carretera en tiempos de Fortinbras I. Viejos robles de copas señoriales y troncos robustos que semejaban recios soldados antes de empezar la batalla.

El viaje era un poco largo, tras descender La Colina y atravesar Hobbiton y Delagua, la carretera se dirigía al Camino del Este, donde tras cambiar de dirección enfilaba hasta el Cruce y de allí a Grandes Smials. Si bien la distancia era mayor que el camino a Alforzaburgo, Bungo lo prefería, pues le permitía visitar a algunos de sus conocidos e ir directo a los Barrancos del Tuk, sin atravesar nada más que alguna que otra pequeña aldea. Si no había ningún tropiezo llegarían antes de la segunda cena, y aunque la pérdida de una buena comida siempre suponía un fastidio para cualquier hobbit, Bilbo adoraba aquellos viajes, los emparedados y refrescos que su madre preparaba para el camino, las viejas canciones que su padre entonaba y los descansos en las paradores del camino, donde con suerte, podrían ver a algún enano en dirección a Bree.

Conforme se adentraban en la Cuaderna del Oeste, la carretera se volvía más suave y menos sinuosa y un viento ligero y húmedo acercaba retazos de pino silvestre anunciando el tenue rumor de las olas que acariciaban el Golfo de Lhûn. Al caer la tarde, las luces de Grandes Smials se adivinaban a lo lejos. Las Tierras de Tuk eran de las mejores de la Comarca, cubierta de grandes árboles y generosos campos de labor, albergaba numerosos agujeros hobbits rodeados de bellos jardines y blancas empalizadas.

--¡Belladona, Belladona!-- gritó la mujer del anciano Gerontius Tuk –por fin habéis venido. ¿Y el pequeño Bilbo, dónde está?, quiero abrazarle-.

El pequeño Bilbo saltó del carro y corrió hacia su abuela. El fuerte abrazo de la mujer apenas lo dejaba respirar y los numerosos besos le causaban cierta vergüenza. Él no quería enfadar a su abuela pero aquellos mimos lo ponían un poco nervioso, especialmente si estaban sus primos delante. Era un chico como otro cualquiera y no quería pasar como un niño de mamá. Por suerte habían llegado un poco tarde y sus primos estaban dormidos.

-En fin, ya habéis llegado -volvió a repetir - venid, vuestras habitaciones están ya preparadas- dijo Adamanta Tuk, mientras los guiaba por el interior de la colina. El Viejo Tuk había construido un hermoso hogar con numerosas habitaciones que se dispersaban por toda la colina. Cada uno de sus hijos tenía su dormitorio, su comedor y su despensa y junto a ellos todo un repertorio de salones, cocinas y almacenes.

Bilbo no tenía sueño, se asomó a la ventana y miró al sur. Bajo la luna, podía ver el camino serpenteante que conducía a Valle Largo y más allá a tierras de nombres extraños.

-Bilbo, Bilbo, ¿estás dormido?- preguntó la señora Bolsón antes de entrar en la habitación.

Bilbo se desnudó rápidamente y se metió en la cama -Sí- respondió el hobbit con aire cansado-.

-No seas tonto- dijo su madre, -dame un beso y duérmete pronto, mañana será un día muy largo. La abuela me ha dicho que en la fiesta de cumpleaños habrá una sorpresa preparada para los niños.

Bilbo besó a su madre y se acurrucó en la cama. En aquella apacible oscuridad pensó en todo lo que le aguardaba, en la fiesta de cumpleaños y en los juegos que habrían preparado sus primos, en los puestos de juguetes de los señores Enanos y en las historias que contarían los comerciantes del Lejano Sur, hasta que quedó profundamente dormido.



Bilbo se levantó un poco tarde y se dirigió a la cocina de Grandes Smials. Cuando llegó, todos estaban atareados. La señora Adamanta Tuk preparaba la comida de mediodía y la madre de Bilbo ayudaba a limpiar y desmenuzar los pavos, pollos y conejos que se servirían en la cena. Calabazas, repollos y coles brincaban en grandes ollas de cobre y en una enorme mesa de madera, las jóvenes hobbits batían huevos y harinas para hacer bizcochos y pasteles para la fiesta.

— Bilbo aquí tienes tu desayuno, tus primos ya han desayunado y te esperan en el molino del río— dijo la abuela Tuk.

Bilbo no se lo pensó dos veces, bebió rápidamente un poco de leche y con una rebanada de mantequilla en la mano salió corriendo colina abajo.

—¡¡No corras Bilbo, termina tu desayuno!!—dijo Belladona Tuk, pero Bilbo ya se había perdido entre los árboles, camino del río.

Junto al río Verde, el Viejo Tuk había construido un gran molino de agua, un poco más pequeño que el Molino de Arenas de Hobbiton, pero lo suficientemente amplio como para moler todo el grano de los campos cercanos. Los niños hobbits solían reunirse allí para jugar y pescar alguna que otra trucha. Y los más osados se atrevían a subir a las palas de la noria cuando el mecanismo no funcionaba.

— Por fin se ha levantado nuestro primo Bilbo, está visto que los niños de la ciudad madrugan poco— dijo Flambard, hijo de Isembard Tuk, mientras terminaba de colocar un pequeño gusano en su caña de pescar.

Bilbo miró a su primo con cierto enfado —Yo madrugo igual que vosotros, incluso más, lo que pasa es que llegamos de noche y nos acostamos muy tarde.

—Bueno, bueno, no te enfades, querido primo—dijo Flambard con tono de superioridad —ya veo que este año has crecido bastante y quizás haya llegado la hora de que ingreses en la Patrulla Tuk, aunque ya sabes que no te será fácil.

La Patrulla Tuk era una creación del primo Flambard y la componían además de él, Segismundo, hijo de Hildibrand, y Eldegardo y Azucena Tuk, los hijos mellizos de Isembold Tuk. Sus objetivos principales eran pescar, cazar y dirigirse hacia el Oeste para avistar el mayor número de Elfos, Enanos y demás Gente Grande. Bilbo deseaba más que nada en el mundo formar parte de la Patrulla Tuk y vivir alguna de aquellas magníficas aventuras de las que tanto presumían sus primos, pero nunca llegaba a superar las pruebas que le ponían y siempre acababa solo en Grandes Smials.

- ¿De qué se trata esta vez? – preguntó algo receloso Bilbo.

- Todavía no sabemos qué prueba ponerte, ya se nos ocurrirá algo— dijo su primo Flambard —En cualquier caso vámonos de aquí, hoy no es un buen día de pesca y empiezo a aburrirme.

Los pequeños hobbits abandonaron el Molino y comenzaron a andar río abajo, sin rumbo fijo.

—¿Qué tal si vamos ir a la Colina del Zorro, más allá de Cavada Grande?— dijo Segismundo—. Mi padre cuenta que desde allí pueden verse unas torres construidas por los Antiguos Reyes y quizás podamos subir a ellas—.

—No, eso está muy lejos— contestó Flambard —nos llevaría todo el día y tenemos que estar en Grandes Smials a la hora de la cena.

—Bueno, podíamos ir al Museo de los Mathoms, en Cavada Grande— propuso Edegardo—he oído hablar de que hay una armadura orco y un escudo, y que sólo los más valientes se atreven a tocarlos.

— Bah, eso es una tontería— replicó con aire de suficiencia Segismundo —el invierno pasado me llevó mi padre y no da nada de miedo, sólo es una vieja cota de malla bastante oxidada y un sucio escudo redondo forrado con un andrajoso cuero negro.

Parecían que se habían agotado las ideas, de pronto a Flambard se le ocurrió algo verdaderamente arriesgado.

—Se me ocurre que podíamos visitar la granja del señor Rosalejo— dijo con una sonrisa pícaro —esta mañana he escuchado que ha tenido la mayor cosecha de fresas de los últimos años y no estaría mal tomar una pequeña parte para nosotros, ya sabéis...

En la huerta del señor Rosalejo crecían las mejores fresas de la región y en tal cantidad que no suponría mayor problema que unos pequeños hobbits tomaran una pequeña cesta para hacer mermelada.

La granja del señor Rosalejo estaba situada en el antiguo camino a Cavada Grande, en el margen izquierdo del río, a unas cuatro horas de Grandes Smials. Flambard había estado allí hace un par de veranos, así que era la situación perfecta para dar un golpe rápido y directo. La aventura había comenzado. Los pequeños hobbits marchaban alegres, entonando viejas canciones mientras ultimaban los detalles del plan.

Llevaban un buen trecho, cuando de repente advirtieron que el paisaje había cambiado. Al parecer Flambard no recordaba muy bien el sendero y sin darse cuenta se habían alejado del río y se habían adentrado en un cerrado bosque de viejos y corpulentos robles. La luz del sol apenas si se filtraba entre las ramas retorcidas y los altos helechos ocultaban el antiguo camino. No se oía nada, todo era silencio, y una extraña inquietud empezó a surgir en sus corazones.

De pronto, tras un recodo del camino, apareció una rara comitiva. Era un grupo de seis enanos de aspecto grave, con largas barbas y ropas extrañas. Iban en dos pequeños carros, cargados con unos enormes fardos en los que podía leerse “Valle” y “Peligro” y junto a ellos, iba un viejo alto y delgado, con un sombrero puntiagudo y una remendada túnica gris sobre la que descansaba una larga vara.

Los hobbits se detuvieron y se ocultaron rápidamente entre los helechos para observar mejor la extraña compañía. Todos contenían la respiración, no sabían por qué, pero pensaban que debían pasar desapercibidos. Los enanos pasaron junto a ellos y no advirtieron su presencia, pero el viejo del sombrero gris miró fijamente en dirección a los helechos, no pudo ver nada porque los niños se habían escondido con mucha cuidado, pero su mirada parecía traspasar las hojas y decir –No os escondáis pequeños. Os he visto. Salid de ahí. Os he visto y no tenéis nada que hacer—

Flambard Tuk susurró –Se trata de Gandalf, el mago, he oído que mañana noche habrá fuegos artificiales en el cumpleaños del abuelo Gerontius, pero no conviene fiarse de él, cuentan terribles historias. Dicen que no soporta a los niños hobbits y que cuando nadie lo ve los convierte en sapo. Él afirma que es amigo del abuelo, pero en realidad sólo viene aquí por dinero y por Hoja de Pipa. Todos se miraron un poco asustados

–Vamos a descansar—dijo Gandalf a los Enanos—llevamos en el camino desde el amanecer y necesitamos comer algo.

La compañía se detuvo junto al tronco de un enorme roble. Los Enanos subieron por una ladera a buscar algo de leña, mientras Gandalf se sentaba en una pequeña roca a fumar de una larga pipa, exhalando volutas de humo que se enredaban entre las hojas de los árboles como una madreSelva plateada.

— ¿Gandalf?—pregunto Falin, el más joven de los Enanos— ¿Después de lo de mañana regresaremos a las Colinas de Hierro?, estoy cansado de vagabundear por estas tierras.

Desde la caída de Erebor, los Enanos se habían dispersado por todo Eriador y vivían de su destreza y habilidad para hacer espadas, hachas y cotas de malla.

Aunque en la Comarca comerciaban vendiendo principalmente herramientas y aperos de labranza.

- Sí, mi querido Falin—contestó Gandalf— no te preocupes, en cuanto acabe todo partiremos hacia el Norte, pero antes debemos celebrar el cumpleaños de mi viejo amigo Gerontius, no todos los días se cumplen ciento once años. Mañana será una gran fiesta, y no dudes que el bueno del Viejo Tuk compartirá con nosotros una mesa repleta y una buena cerveza.

Los pequeños hobbits sentían un poco de temor por los Enanos y desconfiaban de su fiero aspecto, con sus intrincadas y largas barbas, pero lo que de verdad los atenazaba de miedo era el viejo mago. Gandalf solía visitar al Viejo Tuk, especialmente por su cumpleaños, pero hacía varios años que no aparecía por Grandes Smials, de manera que ninguno de los pequeños lo había visto personalmente. Sin embargo, eso no les impedía creer ciegamente los comentarios de los respetables hobbits. El viejo hechicero era tildado de perturbador de la paz y de la tranquilidad de la Comarca, de manera que los niños, por nada del mundo querían que los sorprendiera espiando.

Sin embargo Bilbo notó algo extraño, los ojos del viejo, de un azul brillante como el cielo de enero, eran profundos y misteriosos, pero a su vez albergaban una mirada sincera y serena, que le evocó un tiempo antiguo, de grandes árboles dorados y estrellas brillantes, de tierras desconocidas y montañas nevadas.

—Pues mi padre dice que es un buen hombre, y que siempre ha ayudado a los hobbits—replicó Bilbo.

—Bueno, pues si tan seguro estás, por qué no hablas con él y le pides que te regale uno de esos magníficos cohetes que tirará mañana en la fiesta—contestó con tono burlón su primo Segismundo.

Bilbo, no supo que decir y se quedó callado.

Al momento, Flambard Tuk pensó—Ya sé que puede hacer Bilbo para ingresar en la “Patrulla Tuk”— y dijo sonriendo —Ve y consigue uno de esos cohetes, ese verde brillante con forma de dragón que sobresale de los fardos. No te costará ningún trabajo si sabes actuar como un buen Tuk.

Bilbo sabía que era una misión imposible, pero esta vez no quería fallar. Estaba a punto de cumplir doce años y era la oportunidad de enseñar a todos que era tan buen Tuk como cualquier otro. —Lo haré, sí lo haré— repitió Bilbo, apretando sus puños con firmeza.

Todos se miraron sorprendidos. Nadie pensaba que fuera capaz de hacerlo, pero al mirarlo vieron que algo había cambiado. Sus ojos tenían un brillo especial y su voz no era la de un niño hobbit. Se temían lo peor

- ¿Tombur no has notado nada extraño?—dijo Bandin— me parece haber oído algo por ahí abajo.

—No, esto está muy tranquilo. Quizá haya sido algún animal—contestó algo contrariado el Enano.

Flambard insistió — ¿Y bien, primo Bilbo, te atreves o no?—

Bilbo miró al grupo. Era imposible coger ese vistoso cohete de color verde. Había mucha gente y no había modo de acercarse. No sabía qué hacer, estaba paralizado de miedo.

— Me lo imaginaba—dijo Segismundo —otro año igual—

De improviso, uno de los Enanos se acercó a los helechos. Iban a ser descubiertos. Los hobbits no lo dudaron y con una velocidad asombrosa desaparecieron corriendo loma abajo, de manera que cuando el Enano entreabrió las hojas no vio nada.

—¡¡Que me aspen, hubiera jurado que había alguien aquí!!— dijo Bandin, el más viejo de los Enanos.

—¿Qué pasa?—dijo Gandalf, incorporándose con una agilidad inesperada.

—Señor Gandalf, estas tierras son muy extrañas. Hubiera jurado que había algo por aquí, entre los helechos, pero no he visto nada. Lo que yo digo, todo muy extraño.

Gandalf no dijo nada.

Los hobbits, terriblemente asustados, corrieron ladera abajo, entre los árboles, sin atreverse a girar la cabeza. En poco tiempo, se alejaron lo suficiente como para dejar atrás a los Enanos, pero sin darse cuenta se habían internado aun más en el sombrío y oscuro bosque de robles. Cuando se sintieron a salvo, se desplomaron exhaustos, en un pequeño claro.

—Creí que me cogían y me convertían en sapo—dijo Flambard.

—Yo no he corrido tanto en toda mi vida, ¿Y tú primo Bilbo, cómo está?— dijo Segismundo dirigiéndose a Flambard

Los hobbits se miraron entre sí pero no vieron a Bilbo. ¿Dónde se habría metido?

—¡¡Bilbo, Bilbo!!- gritaron todos. Pero Bilbo no apareció.

Los hobbits no sabían qué hacer.

— Debemos volver allí y rescatarlo, quién sabe lo que le estarán haciendo—gimoteó Azucena Tuk.

—No podemos ir—dijo Flambard —Si vamos también nos tomarán prisioneros y nos convertirán en sapo o en cosas peores.

El temor a ser convertido en sapo era superior a todo.

—Lo mejor será volver a Grandes Smials y contarle todo—dijo Segismundo.

Sí, estaba en lo cierto, era el momento de asumir la responsabilidad, la Patrulla Tuk había fracasado por completo. Al momento, Eldegardo empezó a llorar, y su llanto contagió a los demás. El primo Bilbo era algo remilgado, pero era un buen chico y no merecía pasar el resto de su vida en una charca.

De pronto una voz serena y triunfante salió de entre unos arbustos.

— ¿Por qué lloráis?—preguntó Bilbo.

—¡¡Bilbo, estás aquí!!—gritó entusiasmado Eldegardo— Pero cómo, cómo...

—Ya veis— dijo Bilbo —Los Bolsón somos tan atrevidos como cualquier Tuk. Y dicho esto, introdujo la mano en su camisa y mostró su preciado trofeo. No lo podían creer, esto era más de lo que hubieran imaginado. Ante ellos se encontraba una larga y estilizada pipa de brezo.

--Pero si es la pipa de Gandalf—dijo Flambard Tuk con una expresión de admiración y un poco de envidia.

--Sí, efectivamente --respondió orgulloso Bilbo-- es la vieja pipa de Gandalf. No se trata de ningún cohete verde, pero no me negaréis que esto es mucho mejor. Aproveché la ocasión y aquí la tenéis. Me imagino que me he ganado ser miembro de la Patrulla Tuk.

Los hobbits se volvieron locos de alegría. ¡¡Bravo, bravo!! Gritaban, mientras saltaban alrededor de Bilbo. Aquello le otorgaba no sólo el derecho a ser miembro de la Patrulla Tuk, sino incluso a ocupar los mejores puestos. Pero fue Azucena Tuk quien se encargó de suavizar aquella euforia.

— ¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos? Tenemos que regresar a Grandes Smials para la cena, y me imagino que allí estará el mago.

De pronto, los hobbits volvieron a la realidad, no podían regresar a Grandes Smials, el mago los estaría esperando y su venganza sería terrible.

—No os preocupéis, yo lo haré—dijo Bilbo con una serenidad digna del mejor de los Alcaldes de la Comarca. Aquella aventura sin duda lo había cambiado, ya no era un niño de mamá, sino todo un Bolsón con trazos de Tuk. Iremos a Grandes Smials—continuó -- y lo mismo que la cogí, la devolveré y nunca se sabrá que ha pasado.

Los hobbits lo miraron fascinados. Sin duda era la mejor opción. El primo Bilbo había entrado en la patrulla Tuk con todos los honores y actuaba ahora como un verdadero capitán.

Aunque sus buenos propósitos se vieron pronto frustrados. En la carrera de huida se habían alejado tanto del camino, que no recordaban cómo volver a él.

Se encontraban en lo más profundo del bosque, en un pequeño claro junto a un arroyo, alejados de toda referencia. En un principio pensaron en remontar el cauce, pero éste se escondía entre altas paredes de piedra y la espesa vegetación les impedía avanzar.

—Por aquí no podemos seguir—dijo Bilbo, que sin darse cuenta, había adquirido un inesperado protagonismo.

—Es verdad, por ahí no podemos seguir—respondió Flambard intentando retomar un poco su autoridad-- y tampoco podemos dar la vuelta, deberíamos subir por esa colina y comprobar si vemos algo conocido.

Los hobbits cruzaron el arroyo y comenzaron a subir una empinada pendiente, asiéndose como podían a los árboles y a las rocas que salpicaban la ladera. Después de un largo trecho, alcanzaron la cima y miraron alrededor, pero quedaron totalmente desolados. No vieron nada familiar, ninguna granja-hobbit, ninguna casa, y ni rastro del camino a Grandes Smials.

Definitivamente estamos perdidos—dijo Azucena Tuk, cuyas palabras retumbaron en los oídos de los niños como una pesada cancela de hierro. No sabían que hacer, no podían regresar y tampoco quedarse allí.

Tras debatir un buen rato, decidieron bajar por la falda oeste de la colina siguiendo un pequeño camino que bordeaba la cima. El paisaje se volvió entonces más agreste, altos pinos reemplazaron a hayas y robles, y entre las rocas crecían espesos matorrales y pequeñas flores amarillas y moradas. Un viento húmedo comenzó a soplar con fuerza, arrastrando oscuros nubarrones que amenazaban con descargar una lluvia violenta. Sin darse cuenta se estaban alejando de Grandes Smials y se internaban en las Quebradas Blancas.

—¡Debemos salir de aquí!- gritó Bilbo, pues el viento arrastraba sus palabras — Nos estamos alejando de las tierras de los Tuk y esas nubes no presagian nada bueno!!.

Los hobbits decidieron entonces seguir un pequeño sendero que descendía serpenteando por la cara sur de la colina. Iban en silencio, pero a paso rápido, porque el sol comenzaba a decaer y las nubes amenazaban con descargar una gran cantidad de agua. Aunque el verano era propicio para la aventura, en realidad eran niños pequeños y todos anhelaban regresar a casa.

El camino, apenas una cinta cubierta de agujas de pino, zigzagueaba entre las piedras para adentrarse en una oscura hondonada. La luz había desaparecido por completo y el cielo nublado ocultaba la luna. Estuvieron bajando y subiendo durante mucho tiempo, no supieron cuánto. De improviso, un poderoso destello metálico iluminó el cielo anunciando la llegada de la tormenta. Poco después, un trueno rotundo vino a confirmar sus tristes presentimientos y las primeras gotas de lluvia empezaron a caer.

—Perfecto— se sinceró Flambard —No sólo estamos perdidos, sino que ahora empieza a llover.

Bilbo pensó que todo aquello era por su culpa, por apropiarse de la pipa del mago, pero algo aligeró su pesar – ¡¡ Allí, allí, a lo lejos...!!— Todos miraron ilusionados a dónde señalaba el joven Bolsón. Al fondo, creyeron ver las débiles luces de una granja hobbit. –Debemos apresurarnos, antes de que se haga más de noche y la lluvia termine por borrar todos los caminos— dijo Bilbo.

Lo que parecía un pequeño aguacero de verano, se convirtió pronto en una espesa y tardía lluvia de primavera. Los hobbits intentaron correr, pero la oscuridad les impedía ver el camino y suavizaron el paso, y aunque caminaban entre los árboles, el viento arrojaba fuertes cortinas de agua que les empapó toda la ropa.

De pronto, el sendero se interrumpió en un abrupto cortado. Se encontraban en lo alto de una cornisa de piedra que se asomaba a una profunda oscuridad. Al fondo se oía el rumor apagado de un río. Si querían llegar a la granja hobbit, debían descender hasta el fondo, cruzar la corriente de agua y alcanzar la otra orilla.

¿Qué hacemos? Preguntaron los hobbits a Bilbo, que se había convertido ya en el jefe de la patrulla, --Si queremos salir de aquí, debemos cruzar rápido, el río todavía lleva poca agua—dijo éste.

Pero aquello no era tan fácil como pensaban. La noche y la lluvia constante hacían imposible encontrar ninguna vía para llegar al cauce del río, y la humedad que subía del fondo desdibujaba las vegetación que crecía en las orillas. Al final decidieron bajar cogidos de la mano, asiéndose a las raíces de un nogal centenario. La bajada era muy lenta y peligrosa. Los hobbits no sabían bien dónde pisaban, en ese momento, Azucena Tuk comenzó a gemir, dando grandes suspiros.

-- ¿Qué te pasa? –preguntó Bilbo.

-- Me acabo de doblar el pie, no puedo andar—respondió llorando la niña.

Todos se miraron consternados -- ¡Tenemos que cruzar el río!—insistió Flambard, mientras apartaba el agua de su cara—No podemos quedarnos aquí, el caudal del agua comenzará a subir rápidamente.

-- Bien, id vosotros y buscad ayuda—dijo Bilbo—Azucena no puede andar, Eldegardo y yo nos quedaremos aquí.

--Bueno, será lo mejor— dijo Segismundo -aunque debéis buscar un lugar donde quedaros, el agua empieza a subir.

Junto a la orilla, había una gran roca que sobresalía sobre el cauce, no era el mejor, pero sí, el único refugio al que podían acudir, ya que no podían retroceder y Azucena apenas si podía moverse. No tenían tiempo. Bilbo y Eldegardo ayudaron a Azucena a subir a la roca, y luego subieron ellos. El agua seguía cayendo y un estruendoso repiqueteo de piedras anunciaba la crecida del río.

– ¡¡Bilbo, Eldegardo, Azucena!!—Gritó Flambard cuando alcanzó la otra orilla— Volveremos pronto, y por nada del mundo abandonad esa roca.

Los hobbits que habían cruzado el río con mucha dificultad, subieron el talud, y pronto desaparecieron entre los árboles.

Ahora se encontraban completamente solos y atrapados. El río no dejaba de crecer y el agua comenzó a rodear las paredes de la roca. Por ahora, pensaban, no había peligro, pero no sabían cuánto tiempo podrían aguantar así.

-- Lo siento— le dijo Azucena a Bilbo, mientras se arrojaba junto a él.

-- No te preocupes, ha sido un accidente, no has podido evitar doblarte el pie—respondió Bilbo, un poco nervioso, porque no había estado nunca tan cerca de una chica.

-- No, no lo digo por eso. Lo digo por haberte obligado a quitarle uno de los cohetes al Mago. No debimos hacer eso, eres un buen chico, y Flambard y Segismundo a veces dicen muchas tonterías.

-- Gracias --dijo Bilbo, aunque no sabía muy bien que decir. Pero si fui -- continuó hablando-- no fue por Flambard o por Segismundo, ni por la Patrulla Tuk. Si lo hice, fue porque siempre he querido vivir una aventura, cruzar las montañas, los bosques, ir a la Ciudad de los Elfos, no sé, coger esa pipa fue como viajar a lo desconocido.

Y mientras pronunciaba estas palabras, sus ojos brillaban con una luz alegre que vagaba por tierras olvidadas, por caminos solitarios y llanuras extensas. Azucena lo miró asombrada, en aquella noche terrible, Bilbo le pareció un hobbit diferente y mágico.

En la negra soledad de aquella vaguad, los pequeños hobbits, completamente mojados, se acurrucaron intentando sonreír para darse ánimos, pero apenas si podían levantar un poco la cabeza de entre las rodillas. Estaban terriblemente agotados y el cansancio los sumergió en un sueño profundo. El fuerte golpe de un tronco con la roca los despertó bruscamente. No sabían cuánto tiempo habían dormido, pero el agua estaba ahora muy, muy cerca. El caudal del río había subido mucho y la roca, que antes parecía inaccesible, se había convertido en un pequeño islote en medio del océano. Si todo seguía igual, en apenas un par de horas, quedarían sumergidos por las aguas.

-- ¿Qué hacemos?—preguntó Edegardo muy asustado.

-- No os preocupéis—respondió Bilbo intentando tranquilizar a sus amigos--seguro que Flambard llegará pronto con ayuda. Pero todos sabían que el pequeño Tuk no había tenido tiempo de llegar todavía a la granja-hobbit.

Llovía ahora débilmente y la luna se asomaba tímidamente entre las nubes. Los hobbits permanecían callados, con los ojos fijos en la oscuridad. Entre los árboles, creyeron ver una extraña luz azul, enmarcada en una suave bruma pla-

teada. Nunca habían visto nada igual. La luz se fue acercando y de pronto oyeron una voz desconocida pero sincera.

-- ¡¡Vaya, vaya, que sorpresa!! – Dijo la voz mientras acercaba la luz— Encontrarse un par de pequeños Tuk y un Bolsón tan lejos de casa no es algo que se pueda ver todos los días.

Los hobbits se quedaron paralizados, ahora que sí que estaba todo perdido. La voz era de Gandalf, el viejo Mago Gris, cuya mano sostenía una larga vara de madera de la que provenía la luz.

Los jóvenes estaban asombrados, ¿cómo sabía sus nombres? --No temáis pequeños, este no es lugar para niños hobbits, ahora os sacaremos de ahí.

Al momento, los Enanos se pusieron a trabajar. Los descendientes de Durin eran hábiles artesanos y trabajadores, así que en poco tiempo talaron uno de los altos alisos de la orilla y construyeron una sólida pasarela de madera

- Yo creo que ha quedado bien—dijo orgullosamente Bandin.

- Si, amigo mío—respondió Gandalf- Pero no perdamos el tiempo.

Falin y Barin, los Enanos más jóvenes y ágiles se dirigieron al centro del puente y con una rapidez y fuerza inaudita sacaron a los hobbits de la roca y lo llevaron a la orilla.

- Bien, bien. Ha faltado poco para que acabarais camino de los Puertos Grises —dijo Gandalf, mientras observaba a los pequeños hobbits empapados y muertos de frío. Los niños seguían callados, ninguno se atrevía a hablar. Al final fue Bilbo quien impulsado por una extraña confianza preguntó a Gandalf --¿Señor Mago, qué va a hacer con nosotros, no nos convertirá en sapo?

El Mago lo miró fijamente, con sus profundos ojos azules. Bilbo sintió como esos ojos escudriñaba en su interior, pero la risa franca del viejo Mago le sonó como una alegre tonada.

-- Ja, ja, mi querido Bilbo, hijo de Bungo Bolsón y Belladona Tuk —dijo Gandalf mientras acariciaba con su mano la rizada cabeza del hobbit- Este viejo mago no se dedica a esos menesteres, aunque no creas que a veces no me apetece. Y, al decir esto, la pipa de brezo de Gandalf cayó al suelo.

Bilbo miró asustado a Gandalf, pero este le devolvió una mirada serena.

--Por fin te he encontrado— dijo —seguro que estabas escondida por algún lugar de mi zurrón. Las pipas de los magos son muy astutas y escurridizas, pequeño Bilbo, hay días que no tienen ganas de trabajar y se esconden para que tú no las veas.

Los niños se miraron entre ellos. ¿Eso era todo? ¿Cómo era posible que el Mago no se hubiese dado cuenta de que le habían sustraído la pipa y pensaba que estaba simplemente perdida?. No podían comprender el pensamiento del

viejo, aunque verdaderamente no había nadie en la Tierra Media, salvo otro hobbit, que pudiera saber cómo se comportaría un hobbit.

--Señor Gandalf—dijo Azucena— No puedo andar, antes me doblé el tobillo.

-- Bueno, bueno, vamos a ver que te pasa—dijo el Mago, mientras acercaba sus manos al pequeño pie. Extrajo del zurrón una pequeña pomada que extendió con cuidado, --Espero que ahora te sientas mejor.

La joven Tuk se encontró al momento fuerte y dichosa.

-- Y, ahora vayamos a Grande Smials—dijo Gandalf.

-- Pero ¿Y mis primos?—preguntó Eldegardo

-- ¿Te refieres a Flambard y Segismundo?—respondió Gandalf—No os preocupéis hace largo rato que fueron a buscarlos. Ya estarán durmiendo en sus pequeñas camas hobbits-

Bilbo no dejaba de mirar a Gandalf, y éste, a pesar de hablar con los demás, no apartaba su mirada del pequeño Bolsón. -- ¿Pero cómo sabe nuestros nombres? —preguntó inocentemente Bilbo.

-- Mi querido hobbit, yo soy un viejo Mago, no un hechicero de tres al cuarto, algún día lo sabrás. Y, ahora a descansar, el Viejo Tuk nos espera.

Los Enanos subieron los hobbits a una de las carretas, los envolvieron en gruesas mantas de lana y se dirigieron a Grandes Smials.



El centésimo décimo primer cumpleaños del Viejo Tuk fue recordado durante mucho tiempo en La Comarca. El día comenzó brillante, tras la lluvia del día anterior, el aire estaba claro y transparente y los árboles y plantas relucían como oro recién pulido. Llegaron hobbits de todos los rincones y los esforzados Tuk se afanaron en preparar la mejor fiesta en años. Por la noche, grandes guirnaldas de colores iluminaban las praderas y junto a los viejos nogales de Grandes Smials se dispusieron grandes mesas de nogal, sillas y asientos para jóvenes y mayores, y como se decía en La Comarca, esa noche llovió bebida y nevó comida.

Belladona Tuk se acercó al Mago —Gracias Gandalf, no sé qué habría hecho sin mi pequeño—

-- Querida Belladona, no te preocupes, ese pequeño Bilbo tuyo, está hecho de una madera especial, algo me dice que está destinado a grandes cosas.

Y, mientras hablaban, el joven Bilbo no dejaba de mirar el cielo y las estrellas, quizá esperando los fuegos de artificio, quizá alguna señal.

--Bien, ha llegado el momento que todos esperaban– dijo Gandalf – En honor a mi buen amigo Gerontius Tuk hoy veremos cosas muy bellas en este feliz cielo de la Comarca.

Y, de improviso, subieron al cielo numerosos cohetes que estallaron con gran ruido. Unos dibujaban grandes árboles de plata, otros centelleaban formando bellísimas y delicadas flores multicolores y otros se transformaban en extrañas aves de plumas carmesíes.

Bilbo, no dejaba de mirar, y sin darse cuenta, de improviso se encontró junto al Mago. Éste le dirigió una mirada cómplice y con una voz muy suave y dulce le susurró al oído –El último va por ti, mi pequeño saqueador–

Y, al momento, un inmenso dragón rojo y amarillo subió a las nubes y moviendo sus enormes alas derramó miles de pequeñas estrellas doradas sobre los hobbits. En ese momento Bilbo, sin saber por qué, estrechó la mano del Mago.

* * *